

XV Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXX Jornadas de Investigación. XIX Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. V Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional V Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2023.

El cuerpo del acto analítico.

Leibson, Leonardo.

Cita:

Leibson, Leonardo (2023). *El cuerpo del acto analítico*. XV Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXX Jornadas de Investigación. XIX Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. V Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional V Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-009/411>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/ebes/eHT>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

EL CUERPO DEL ACTO ANALÍTICO

Leibson, Leonardo

Universidad de Buenos Aires. Buenos Aires, Argentina.

RESUMEN

En el marco de la investigación UBACyT “Articulaciones entre cuerpo, goce y subjetividad en la enseñanza de Jacques Lacan entre 1966 y 1975. Incidencias clínicas y teóricas” nos ocuparemos en esta ocasión en la pregunta acerca del cuerpo del analista. La hipótesis es que si bien el analista no está como sujeto, no por eso es sin cuerpo. La pregunta es acerca de cómo está constituido ese cuerpo y cuál es su función así como sus modos de presentación y de ausencia. Apelamos a diversos momentos de la enseñanza de Jacques Lacan, especialmente aquella de los años 60 que versan sobre el acto analítico, para desplegar articulaciones que permiten abordar esta cuestión. La principal conclusión es que el cuerpo del analista está implicado en la escena transferencial y aparece, en primer término, por la angustia señal del analista.

Palabras clave

Cuerpo - Analista - Objeto a - Transferencia

ABSTRACT

THE BODY OF THE ANALYTIC ACT

Within the framework of the UBACyT research “Articulations between body, jouissance and subjectivity in Jacques Lacan’s teaching between 1966 and 1975. Clinical and theoretical incidences” we will deal on this occasion with the question of the analyst’s body. The hypothesis is that although the analyst is not a subject, he/she is not without a body. The question is about how this body is constituted and what is its function as well as its modes of presentation and absence. We appeal to various moments in Jacques Lacan’s teaching, especially those of the 1960s that deal with the analytic act, in order to deploy articulations that allow us to address this question. The main conclusion is that the analyst’s body is involved in the transferential scene and appears, in the first place, through the analyst’s signal anguish.

Keywords

Body - Analyst - Object a - Transference

“Dar a comprender demasiado es abrir paso con callejones sin salida.”

Jacques Lacan

Partimos de tres cuestiones:

1. En la cura analítica recurrimos a los usos de la palabra. Pero si el uso de la palabra olvida que toca y surge de lo que hace cuerpo, eso ya ni siquiera es palabra: es mero pasatiempo de sentido (ya sea congelado o pretendidamente creativo), o imposición de orden; es cumplir con una imagen ideal su-puesta. La palabra sin cuerpo es menos que un simulacro, es la parodia de un sujeto.
2. Por otra parte, la cuestión no es si poner el cuerpo o no. El cuerpo siempre está. El punto es de qué maneras está y se lo pone. A veces se lo pone por demás y enferma orgánica-mente. A veces se lo pone demasiado de frente, o sin medias tintas, sin silencios. Ahí es donde se evidencia el poder de las palabras, del lenguaje, de las lenguas - y lo que eso le hace al cuerpo.
3. El analista no es sujeto, pero sostiene un decir (aún silencioso, aún mudo, aún muerto, aún sin palabras).

La hipótesis es que si bien el analista no está como sujeto, no por eso es sin cuerpo. La pregunta es acerca de cómo está constituido ese cuerpo y cuál es su función así como sus modos de presentación y de ausencia.

Nos apoyaremos en algunas referencias de Jacques Lacan en su reseña de “El acto analítico (1967-1968)” (Lacan 1969). Ahí, Lacan escribe:

“Que haya inconsciente quiere decir que hay saber sin sujeto (...) Cabe adelantar entonces que el psicoanalista en el psicoanálisis no es sujeto, y que situando su acto con la topología del objeto a, se deduce que opera por no pensar.” (Lacan 1969, 50) En el Seminario 14 “La lógica de la fantasía” (Lacan 1966-67), Lacan opera sobre el *cogito* cartesiano produciendo un *vel* en doble negación: “o yo no pienso o yo no soy”. Lacan señala que el lugar del analista es ahí donde la negación recae sobre el “yo” del “yo pienso” cartesiano. Así podemos decir, jugando un poco con nuestro modo local de decir, que el lugar del analista es el lugar menos pensado.

¿Tendría esto implicancias sobre lo que del cuerpo del analista se constituye en acto en el acto analítico?

En ese mismo texto, también escribe Lacan: “El psicoanalista se hace de objeto a. Se hace, entiéndase: se hace producir; de objeto a: con objeto a.” Y un poco más adelante afirma: “Pero,

una vez más, ¿cómo no ver que ya se ha tomado del cuerpo la muestra con la que se va a hacer psicoanalista, y que a esto hay que conformar el acto psicoanalítico?” (Lacan 1969, 52)

Es notorio en este decir de Lacan que hay un cuerpo del analista. Ese cuerpo no es cualquiera. O en todo caso es un cuerpo cualquiera que adquiere una propiedad particular: estar hecho de y con el objeto a. Lo cual no deja de indicar una complejidad dado que el objeto a es un objeto vacío y sin concepto, según una de las definiciones de su propio creador. O, dicho de otro modo, es ese “hacerse semblante de a” lo que caracteriza al modo en que hay un cuerpo para un analista.

Lo cual, creemos, se articula con otra afirmación de este texto: “(...) lo que se impone por haber situado el acto analítico: el establecer lo que determina a este acto según el goce y, a la vez, las maneras que requiere para preservarse de él...” (ib.)

Nos encontramos también, si seguimos la argumentación de este texto, con que el analista se soporta de una lógica que incluye las paradojas y el recurso a la escena -aun quedando a merced del *acting out*- y que zafa de lo universal así como de recetas o remedios. Esto hace a la técnica, una técnica que es esa misma estructura lógica. Acorde a esa técnica (paradojal porque no consiste en conducirse según protocolos de acción) se hace (se construye y se deshace) *con* objeto a, lo que se articula con lo que determina ese acto según el goce y las maneras de hacerle lugar y a la vez preservarse de él.

Por todo esto, el analista también se hace de una presencia, lo cual entre otras cosas implica alguna de las dimensiones del cuerpo que se pone en juego.

También acá, el cuerpo está, siempre. La cuestión es de qué maneras está.

¿Entre líneas? ¿Escribiendo entre líneas? Puede ser.

Me permito incluir una cuestión personal en esta argumentación. Hace no mucho tuve un sueño en el que en el que algo de la cuestión del cuerpo del analista era escrita/se escribía en tinta roja entre las líneas de un texto mecanografiado, mecánico. Me pregunté si ese sueño decía algo acerca de lo que se escribe a mano en términos de lo que hay que poner con el cuerpo entre las líneas de lo que ya está escrito prolija y maquinalmente. Una operación que altera un texto con otro, una escritura con otra. No porque ese primer texto mecánico fuera errado o falso. Sino porque el acto analítico consiste en alterar un texto con la intervención de otro, pero donde lo que más peso adquiere no es el sentido de lo que se escribe sino el acto de intervenir el texto previo con otras palabras pero sobre todo con otro modo de escribir. Otra grafía, otra inscripción, entre-líneas (creando y generando ese nuevo espacio).

El análisis es una práctica del “entre”. Entre lenguas, especialmente. También entre cuerpos. Ni uno ni otro. Ni la una ni la otra.

Poner el cuerpo no tiene por qué reducirse a exponer la materialidad del propio cuerpo para hacerlo chocar con el del paciente. Aunque pueda darse en muchas ocasiones: abrazos, gestos,

sostenes, acompañamientos. Sin embargo, estamos planteando otra cosa.

Poner el cuerpo es *dar un lugar al cuerpo*, a la posibilidad de su re-constitución y sostenimiento. Es incluirlo entre los elementos que hacen a una cura. Y se trata de tener en cuenta todas las dimensiones del cuerpo: imagen fundamentalmente, pero no sin la letra y el goce (por más que sea siempre desde y a través de la imagen).

Poner el cuerpo es darle carnadura al síntoma, no olvidar que por más literario y lenguajero que parezca y sea, responde de y arrastra a una búsqueda de satisfacción, un camino de goce (en tanto el goce es algo que vale en tanto se pierde, cae), o sea, el recurso de perder algo para que la imagen se sostenga. De ahí lo necesario de tachar, barrar, expulsar, darle un tratamiento a eso que se impone para que la escena/el cuerpo pueda proseguir - y el sujeto en ella.

Un primer ejemplo de esto lo tenemos considerando el modo de aparecer Velázquez en el célebre cuadro bautizado “Las Meninas”[i].

Lacan se ocupa de ese cuadro durante varias sesiones del Seminario 13, “El objeto del psicoanálisis” (Lacan 1965-66). Destaca, entre otras cosas, cómo la presencia de Velázquez en su propio cuadro plantea un enigma a la vez que expone una operación. Ese enigma se redobra en la pregunta acerca de qué está pintando Velázquez en esa tela dada vuelta que aparece casi en primer plano.

En esta línea, proponemos la hipótesis de que el cuerpo del analista juega en el análisis no tanto como la imagen del pintor sino especialmente en el lugar de esa tela dada vuelta, vista del revés. Que sólo cuenta cuando muestra que podría haber algo allí, del otro lado, lo que nos obliga, o mejor dicho nos incita a querer poner allí nuestro cuerpo, nuestros ojos y nuestros pies. Para, finalmente (pero esto no es anticipable ni predecible ni garantizable) registrar que lo que hay para ver allí es (lo) imposible. Para esto se requiere:

- a. que el cuadro esté allí, construido y sostenido (por el deseo del analista, merced al acto analítico),
- b. que hagamos todo lo posible para meternos allí, y lo “logremos” (o sea, que fracasemos acabadamente en el intento de meternos allí),
- c. que entonces, comprobemos que lo que habría para ver es invisible; o sea, no algo invisible, o no visible, sino radicalmente imposible de ver.

El cuerpo del analista es el señuelo, pero ese señuelo arma el cuadro, dispone las piezas para el juego de la transferencia. No habría cuadro, y esto refiere a la escena transferencial como condición de un análisis, sin ese pedazo ínfimo que el analista pone de sí, algo imaginario pero no sólo, algo simbólico pero no acabadamente, algo real pero no del todo.

Algo que se deriva del hecho de que el analista disponga de un cuerpo.

Consideremos un ejemplo. Lo que ocurrió el día en que un joven, atendido desde hace muchos años por un colega, me viene a ver en ocasión de que su analista está de viaje. Ya había ocurrido así un tiempo atrás; habíamos tenido en ese momento un par de encuentros en los que un necesario ajuste de la medicación se logró al poder mediatizarlo a través de algunos dichos que intercambiamos oportunamente.

En esta ocasión parecía tratarse de algo similar. Según me advierte mi colega, está atravesando un momento de desestabilización a partir de una serie de acontecimientos desafortunados. Lo recibo como la otra vez, pero a poco de entrar advierto que en esta ocasión lo que ocurre es distinto. Casi de inicio, comienza a insultar a toda una pléyade de personas e instancias y rápidamente me veo envuelto en esa marea informe de improperios. Lo escucho portando los elementos de su delirio habitual pero noto que ahora esto ha llegado a un grado en el que eso le quema, lo tiene cercado: dice/siente que están a punto de aniquilarlo. En su furia desesperada me increpa, se enoja, avanza sobre mí. Al principio, trato, casi convencionalmente, de hacerle lugar, intento asociarme con él, ponerme casi de su lado, asiento sin darle del todo la razón. Ante esto, más que pedirme me ordena ser llamado no con su nombre habitual sino con el que ha adoptado: el de su abuelo paterno, un supuesto prócer de las guerras de la Independencia. Se mantiene un *crescendo* del enojo y la desesperación se va transformando en furia. El tono de la imprecación se enriquece y endurece, su rostro se tensa cada vez más en un rictus que se me acerca peligrosamente y su semblante es cada vez más duro y dirigido hacia el mío -que debe ser cada vez más asustado y preocupado. Puedo reflexionar -después, ahora- que le estoy, sin darme cuenta, entregando las peores señales de mi angustia. Especialmente porque los recursos habituales que conozco para atender crisis psicóticas y que suelen dar resultado, en este caso no lo están logrando. La angustia de que mis recursos no funcionan se choca con la súbita sospecha de que tal vez aquello en lo que creo esté equivocado. ¿Qué hacer ahora?

Tiempo después, ahora, puedo darme cuenta de que en algún momento pude atravesar algo de esa angustia, probablemente urgido por una situación que, de seguir así, ponía en riesgo no sólo mis referentes teóricos sino la integridad de mi consultorio y de mi persona. Creo recordar que pensé (aunque decir “pensé” es mucho decir: a duras penas intuí, barrunté, con un guiño desesperado de lo que en mí podía pensar en ese momento) que tenía que inventar alguna otra cosa para intentar torcer el rumbo que estaban tomando los acontecimientos. En ese caso, debía tragarme mi angustia o hacerla desaparecer/desvanecer pasando a ocupar otro lugar. Fue en ese momento que algo surgió de mis entrañas.

De pronto, saliendo de mi posición defensiva y enderezándome, casi irguiéndome, le espeto: “¿qué te venís a hacer el malo acá, quién te creés que sos, qué sabés vos de quién soy yo (que estaba en conjunción con los nazis, las fuerza represivas, su

familia, etc., para cortarle las pelotas, arrastrarlo a la perdición, hacerle perder lo poco o mucho que tiene)?” El tono en el que le lanzo esto, sobre todo, más que de réplica es de enojo, con un poco de furia y también algo de cansancio. Es en ese momento que abandono mi angustia y me lanzo (o algo me lanza) a lo desconocido. No tengo idea de cómo podrá reaccionar. Pero tampoco es del todo, lo mío, una reacción impulsiva o fuera de todo cálculo. Es la reacción des-esperada (o sea, no esperada, tampoco por mí) al darme cuenta de que tengo que inter-venir de algún modo allí.

La respuesta fue casi instantánea. Le cambió el gesto de furia por uno de sorpresa. Se echó hacia atrás, se quedó mirándome fijo por un momento. Creo que estaba buscando los signos que le indicaran si lo mío era real o si estaba haciendo teatro. Debe haber sido lo suficientemente real porque literalmente reculó (si eso puede hacerse estando sentado), cambió abruptamente el tono de voz y me dijo que la cosa no era conmigo, que no sabía bien qué le estaba pasando, que lo disculpe.

Mantuve mi tono de firmeza aunque bajé un punto el enojo y le dije que estaba de acuerdo, que me parecía que estaba muy asustado y que creía entrever sus motivos más allá de que no podía comprenderlos totalmente. Y que si había enemigos, que seguramente los habría (sólo tenía que recordar la mirada censuradora de su madre y el tono descalificador cuando me llamó para avisarme de que venía con su hijo en crisis), lo mejor que podía hacer era no desesperarse, tratar de bajar su angustia (increíble, pero cierto, le dije eso, aunque todavía no había podido hacer desaparecer del todo la mía por más que la estaba desarticulando en esta nueva escena). Y que lo mejor era que pensáramos qué podía hacer para dejar de darle motivos a sus enemigos para que lo localizaran y martirizaran. Tenía que dejar de ser su blanco.

Pudo aceptar, aunque a regañadientes, estas impresiones. El tono de la entrevista fue virando hacia una charla y llegamos a algunos acuerdos acerca de lo que podía hacer hasta que su analista volviera del viaje. Entre esas cosas estaba, aunque no era lo único, aumentar transitoriamente la dosis de medicación. Cuando lo vi nuevamente un par de días después, lo primero que hizo fue pedirme disculpas, decirme que se la había agarrado conmigo pero que no era conmigo. Sus disculpas fueron obviamente aceptadas y la crisis se pudo ir surcando.

Poner el cuerpo es también registrar que el analista no está como sujeto pero no es sin un cuerpo que le da, no sólo imagen-consistencia (fundamental para que la escena analítica se establezca), sino también *caja de resonancia de una voz*[ii]. También es el estandarte de la angustia en el caso de que esta se haga presente. La indicación, notoriamente técnica y taxativa, de Lacan de no entregar la señal de angustia (Lacan 1960-61) es decisiva. Allí conecta la angustia señal con el deseo que queda señalado en ese gesto afectado. Eso rompe la escena del diálogo analítico y puede tener, a veces, efectos catastróficos. En todo caso, es una resistencia. Y *es un obstáculo que sólo puede*

ser trabajado desde el lugar del analista.

El analista es en acto al menos dos, el que se angustia y el que registra eso que está ocurriendo; y es desde ese (otro) lugar que puede surgir, como un recurso técnico en tanto esa técnica consiste en apelar a la estructura lógica del acto analítico, la posibilidad de desprenderse de la señal que asegura una ligazón fantasmática del analista para dejarse llevar por (hacerse incauto de) la lectura que imprimirá un sesgo diferente e impensado en la secuencia del decir.

La palabra sin cuerpo tampoco es palabra. El cuerpo del analista está implicado en la escena transferencial y aparece, en primer término, por la angustia señal del analista, por sus señales de angustia, el cuerpo es la señal.

Allí la palabra puede alterar el cuerpo...del analista. Y el cuerpo le da modulación a la palabra del sujeto, o sea del analizante.

Para concluir, otro modo de plantearlo: el psicoanalista se hace hacer, se hace producir. Más aún: *se deja* hacer, y no porque lo piense. Más bien, justamente, porque no piensa, porque *se deja no pensar*. Esto no tiene nada que ver con ciertas imagerías que suponen que un analista es una especie de comparsa que se disfraza del objeto que le toca según el paciente que esté atendiendo.

No se atiende ni se disfraza. Se hace producir, *de* objeto, *con* objeto. Con ese objeto vacío sin concepto.

La escena analítica es paradójal.

NOTAS

[i] Velazquez, Diego (1656). "Las Meninas", Museo del Prado, Madrid.

[ii] La idea de que el analista está como semblante de objeto es congruente con esta hipótesis acerca de qué tipo de cuerpo soporta el analista y bajo qué función surge del ese lado.

BIBLIOGRAFÍA

Lacan, J. (1960-61). *El Seminario, Libro 8, La Transferencia*. Buenos Aires, Paidós, 2003.

Lacan, J. (1965-66). *Seminario 13, "El objeto del psicoanálisis"*, inédito.

Lacan, J. (1966-67). *Seminario 14, "La lógica del fantasma"*. Inédito.

Lacan, J. (1968-1969). *Seminario XV, "El acto psicoanalítico"*, inédito.

Lacan, J. (1969). "El acto psicoanalítico", en *Reseñas de enseñanza*. Cap. V, Buenos Aires, Manantial, 1984.